

EDITORIAL

No es el caso hacer referencia a distintas tentativas de innovación y cambio –exitosas o no– tendientes al mejoramiento de la calidad de la educación impartida y al acceso a la misma de los sectores más desfavorecidos de la población.

Sí deseamos referirnos brevemente a instancias de reflexión que, en estos años, han estado presentes y sujetas a controversia y debate; han generado investigación y nuevos planteamientos teóricos enriqueciendo el planeamiento y toma de decisiones, y han contribuido a difundir temas emergentes en el ámbito educacional acorde a la dinámica del devenir sociocultural del país.

Para afrontar exitosamente los desafíos educacionales que van surgiendo en el transcurrir del tiempo, es preciso contar con una constante revisión analítica y crítica del hombre en su tiempo como individuo y ser social –actor y evaluador– y en una determinada cultura.

Luego y en consecuencia, estudiar alternativas sobre qué hacer, cómo y con quiénes hacerlo, teniendo en la mira como fin lograr una sana convivencia democrática generada por compromisos solidarios, consideración por el otro, libertad con responsabilidad y tantos otros valores que los mencionados subsuman, en pro de paz y justicia social.

Es por demás indispensable que las orientaciones, planificaciones y decisiones surjan consensuadamente de un trabajo en equipo y con una sólida fundamentación del propio discurso emitido, discurso que contribuya a sentar las bases para acciones proyectadas con enfoques críticos originados en encuentros sucesivos de grupos de estudio de profesionales con alto grado de especialización y experiencia en su campo de acción en áreas disciplinarias que converjan en la formación y profesionalización de las presentes y futuras generaciones.

De acuerdo con lo planteado, el análisis valorativo y diagnóstico sobre la praxis pedagógica deben ser cuidadosos y pertinentes a situaciones reales en que se desenvuelve el educar en nuestro país.

En todo proceso de renovación en el sistema educacional, el conjunto de actores responsables centrales en el mismo, ha estado vivenciando dificultades, errores, limitaciones y ha constituido una voz de alerta escasamente escuchada.

Las comisiones que se avoquen a dicho estudio debieran incluir profesionales que, como pedagogos, estén desempeñándose en distintos niveles y áreas del sistema de educación oficial. Estos profesionales son capaces de visibilizar proyectos necesarios para llevar a cabo transformaciones en el sistema educativo en general, y en espacios de educación superior, desde su cotidianidad docente.

Estas reuniones deben culminar en síntesis que vinculen, articulen e integren teorías con prácticas en acciones conjuntas dentro del contexto del cual forman parte y como alternativas viables, no solamente parceladas y desarticuladas, sin ninguna proyección global hacia el o los objetivos perseguidos.

Debemos tener presente situaciones que constituyen fenómenos socioeducativos que caracterizan a distintos segmentos de nuestro país, y que están frenando el desarrollo deseado actualmente. Éstos han sido detectados a través de investigaciones de diversa envergadura y origen, así como en consultas a núcleos familiares, profesores y otros actores en el ámbito educativo.

En el desarrollo de un país, la educación, el educar requiere la acción mancomunada de toda la comunidad. Desafortunadamente esto no parece entenderse así en la actualidad, puesto que un importante segmento de la comunidad educativa ha desplazado sus responsabilidades hacia los profesores, la escuela y el conjunto de actores que integran el sistema de educación formal.

Estudios sobre esta situación han evidenciado la precariedad del apoyo, irremplazable, del núcleo familiar en cuanto a hacer sentir en sus hijos e hijas la pertenencia como red de apoyo básica para el desarrollo de su autoestima, formación de identidad, valores, y muchos otros elementos que se conjugan en su proceso de socialización. Se ha advertido, además, una grave tendencia a justificar esta evasión y desapego, considerando que la escuela debe estar a cargo de toda educación de las nuevas generaciones.

Mientras los padres no vuelvan a asumir su rol como tales en funciones y tareas que les competen, difícilmente podremos alcanzar metas programadas.

Es necesario generar conciencia y voluntad de acción colectiva en la relación con el otro y con el nosotros en el ámbito de la educación.

El rol de los profesores, en cuanto a las funciones y tareas que les corresponde como educadores, no puede desempeñarse en el nivel y calidad para los cuales su formación universitaria los capacita porque actualmente les han sido asignados nuevos roles que, en verdad, competen a toda la comunidad educativa especialmente a los núcleos familiares. De hecho, atienden grupos-curso numerosos, en horarios excesivos y con infraestructura limitada que dificulta o imposibilita, además, su participación en actividades de perfeccionamiento, actualización y auto perfeccionamiento indispensables en el ejercicio de una profesión.

Un asunto relevante a considerar, que coadyuva a lo expuesto, es la formación impartida a los futuros pedagogos. La orientación básica que sustenta las redes curriculares de planes y programas de las distintas especialidades de la carrera, se da en un nivel preponderantemente "técnico", enmarcado en la educación tradicionalmente concebida; se requieren cambios importantes, tal vez de paradigmas, para formar profesionales orientados hacia un nivel "emancipador".

De este modo, su voz en la práctica pedagógica, estaría potenciada por reflexión permanente sobre su propio desempeño en situaciones que se dan en el intercambio activo con estudiantes y así hacer frente a la distorsión aquí presentada.

Queda pendiente la difícil tarea de superar y revertir concepciones equivocadas respecto a sus responsabilidades en la educación de sus hijos e hijas por parte de miembros de la comunidad educativa debido al alcance y consecuencias advertidas en el presente.

E. E. B.